

EL DIALOGO FRANCO

MALRAUX, ministro de cultura del general De Gaulle —probablemente el hombre con quien el general charla más a gusto, unidos los dos por un mismo sentido intelectual de la política—, fue a China para hacer «una cura de reposo»; es curioso que aún se empleen estas ingenuas fórmulas para disfrazar un viaje político. Para disfrazarlo ¿ante quién? Los ministerios de asuntos exteriores no tienen esas ingenuidades, no se engañan, naturalmente, en esas fórmulas verbales; los periódicos, tampoco. Pero difícilmente se puede culpar a personas como De Gaulle y Malraux que caigan en el tierno amor por las formas. El disfraz se ha borrado pronto, y Malraux regresa con cierta precipitación a París después de haber celebrado conversaciones que la Embajada francesa de Pekín define como «las más profundas y filosóficas» que los dirigentes chinos hayan podido celebrar hasta ahora con un estadista occidental; En total han durado siete horas. Malraux no es solamente un perito en chinos, desde que en su adolescencia compartió las grandes horas de la revolución; es también un intelectual francés y un ministro de De Gaulle, condiciones que le dotan de tantas sutilezas de lenguaje, reservas mentales, tácticas de avance y retroceso, como pueda atribuirse a un oriental. Estas conversaciones «profundas y filosóficas» han debido ser tremendas. De sus resultados, hasta ahora, no tenemos más que un indicio: que, abandonando toda calma oriental, arrojando la máscara de la calma oriental, André Malraux se ha precipitado en regresar a París, anulando el resto de su programa de viaje por otros países del Lejano Oriente, tragándose su prevista etapa en el Japón. (No sería tampoco extraño que Malraux hubiese exagerado esta necesidad del regreso urgente con el único fin de no pasar precisamente por un Japón que está conmemorando el aniversario de la bomba atómica de Hiroshima con gigantescas manifestaciones contra la destrucción nuclear y donde, por consiguiente, la presencia de Malraux, representante de uno de los dos únicos países del mundo que no han suspendido sus ensayos nucleares —y precisamente China es el otro— no hubiera sido excesivamente bien acogida.)

La utilidad de la fórmula del «viaje privado» es que evita a las partes conversantes la necesidad de publicar comunicados o de hacer declaraciones conjuntas. Apenas unas frases vagas han sido pronunciadas en el momento en que la estancia de dos semanas de Malraux tocaba a su fin. Se ha dicho que China necesita «tiempo y amigos» —¿qué país no? Cuando Estados Unidos, con todo su poderío, desdén a sus amigos y quema las etapas naturales del tiempo histórico, se aproxima al drama— y que las siete horas de conversación chino-francesa demuestran «la posibilidad de un diálogo entre China y Occidente», diálogo para el cual Francia se encuentra con capacidad de ser intermediaria. Nunca se ha necesitado más que ahora, ciertamente, un puente de diálogo hacia Asia; un puente que destruya prejuicios de viejos orientalistas, ideas falsas sobre el alma china o el alma asiática; en un tiempo que aún no ha muerto del todo los especialistas en «alma eslava» impidieron la comprensión directa con Rusia; sus herederos son los «kremínólogos» de

hoy, como los jóvenes sinólogos del departamento de Estado son ahora los herederos directos de los «Old China hands» que aconsejaban a base de interpretaciones de lecturas de Confucio o de Li Tai-po. El mundo y la política progresarán sin duda notablemente el día en que se comprenda —y ya comienza a entenderse así— que ciertos hechos diferenciales peculiares —la «negritud» de Africa, la imposibilidad budista de Asia, el «racionalismo» de Francia o la «flema británica», por citar ejemplos inmediatos y fáciles— son mucho menos importantes en un examen de la situación que la existencia de problemas universales, universales en el tiempo y en el espacio: el hambre, el amor, la ambición de libertad y de independencia, el cariño al hijo, el miedo a la muerte y a la miseria, son temas que uniformizan al mundo y que requieren respuestas idénticas, soluciones iguales. Un guerrillero del Vietnam está más cerca de Viriato que de un monje budista de túnica amarilla y cabeza rapada, aunque guerrillero y monje convivan en el mismo ámbito y tengan los mismos objetivos aparentes; una muchacha que camina con un fusil por un sendero de la jungla es más fácil de identificar con Juana de Arco o con Agustina de Aragón que con la suave y resignada concubina de un mandarín. Bumedian eliminando a Ben Bella —¿qué ha sido de Ben Bella? ¿Por qué los nuevos dirigentes de Argelia no dan pruebas documentales de su afirmación de que Ben Bella vive aún? ¿Por qué no dejan que sus abogados se le aproximen? Todas estas interrogantes inquietan al mundo, un poco más cada día, y no favorecen al régimen argelino—tiende un largo puente de siglos y se aproxima a Bruto apuñalando a César. Y, sin embargo, todavía una gran parte de la política mundial tiene sobre todo en cuenta al monje budista y a Confucio, al negro de «sentido tribal» o al árabe inventor del ajedrez sin advertir que en el curso de la Historia estos hechos diferenciales tienen un valor de consecuencia circunstancial. Los mismos gobernantes de algunos países —sobre todo de los países nuevos— que tratan de reivindicar esas características nacionales como un sentido de afirmación pueden tener ciertos éxitos fáciles de propaganda, pero con ellos no resuelven los problemas profundos de sus pueblos.

No sé si André Malraux, revestido de su peritaje en chinos, habrá podido salvar ese escollo. El hecho de que sus conversaciones se definan como «filosóficas» me hace sospechar que no se ha liberado del tópico, de ese tópico concreto de que todo chino lleva un filósofo dentro de su piel y de su esqueleto. Repasando ahora «La condición humana» y «Los conquistadores» encuentro en Malraux precisamente lo contrario: es decir, el hombre que comprendió la revolución china no como un acto chino, impregnado de «chinismo», sino como un acto revolucionario, independiente de la geografía en que se desarrollaba —o dependiente de ella exclusivamente en cuestiones de táctica y de estrategia—. Pero Malraux pertenece a un cierto tipo de intelectuales líquidos tristemente frecuentes; y digo líquidos en el sentido de que se adaptan inmediatamente a la forma del recipiente que les contiene. El recipiente que contiene hoy al ministro Malraux es el del general De Gaulle; probablemente uno de los gran-

IA - CHINA

Por **EDUARDO HARO TECLEN**

des políticos del momento que más creen en la anécdota nacionalista de la Historia. Si Malraux era universalista, internacionalista, en la época de «Los conquistadores», donde describía al héroe «en quien se unen la capacidad y la acción, la cultura y la lucidez» —son sus palabras—, es decir, el universalismo —puesto que en estos términos cabe cualquier época o lugar—, veinte años después era ya el definidor de la «Europa de las patrias», a la manera del general: «Estamos unidos a la patria para lo mejor y para lo peor; sabemos que no haremos jamás el europeo sin ella; que debemos hacer, queramos o no, Europa sobre ella» (manifiesto a los intelectuales leído en la Sala Pleyel, de París, en 1948, en nombre del partido degolista). Todos sabemos el resultado actual de la exageración de esta idea hasta convertirla en dogma: la actual crisis institucional europea.

No es nada aventurado decir que aproximarse hoy a China, en términos de lenguaje filosófico —esto es, de «filosofía oriental»—, es exponerse a no comprender nada, más que a no ser comprendido. Si es posible hacer una diferenciación entre espiritualismo y materialismo, que yo creo que no es a base de disparatar el sentido de cada uno de esos conceptos para hacerlo excluyente del otro. Si hay una heterodoxia marxista china realmente, puede ser la de exagerar el poderío del materialismo por sí solo; y si hay una heterodoxia occidental francesa es la de considerar ciertos valores llamados espirituales como capaces por sí solos de modificar la situación mundial. «Queremos devolver a Francia —decía Malraux en el mensaje antes citado— el papel que ha representado ya en muchas ocasiones, en las épocas romana y gótica igual que en el siglo XIX, que ha impuesto su acento a Europa». Esta palabra, «acento» es reveladora de una potencia puramente verbal; esta expresión, «representar un papel», puede explicar también la actual actitud política de expansión francesa: se representa lo que no es —puesto que lo que se es, se vive simplemente— para dar una sensación distinta de la auténtica, de la íntima. Los Estados Unidos no representan un papel cuando envían sus soldados y sus aviones al Vietnam, cuando utilizan sus bombas y sus morteros: aplican, simple y sencillamente, la fuerza que tienen, o una pequeña parte de la gran fuerza que tienen, y los breves intentos de teatralizar la situación —la defensa de la libertad, por ejemplo— los interpretan con tan poca convicción que realmente no tienen ningún peso en la situación: apenas son un borroso telón de fondo que el espectador ha olvidado ya, arrastrado por la apasionante acción. Francia realizó en aquel mismo escenario de Indochina algo que no era teatral: llevó allí su fuerza militar posible, sin fingimientos ni representaciones, y perdió su batalla. Por eso ya no manda a Asia a sus grandes generales, sino a su mejor actor.



André Malraux pertenece a un cierto tipo de intelectuales que, como los líquidos, se adaptan fácilmente al recipiente que los contiene. El recipiente que contiene hoy a Malraux es el general De Gaulle.

ES fácil ver lo que los dos países pueden obtener de esta situación, de este diálogo. Francia trata de dar la sensación de que está presente en el mundo. Es la gran actriz de Occidente. Trata de hacer ver que sus intervenciones, su «acento», puede influir y tener peso en Asia. No hay que engañarse. Francia no pesa hoy nada en Asia, ni pesa nada en Hispanoamérica a pesar del largo viaje del general De Gaulle y del continuo y mantenido diálogo con las repúblicas hispanoamericanas (en el mundo africano cuenta algo más: es una esperanza). Las fuerzas reales, en una y en otra zona del mundo, son las de unos millones de famélicos, que después de una espera de siglos se han puesto de pronto en acción. La larga y profunda cultura de Malraux, su bello acento literario, son un simple juguete en manos de estas fuerzas; sus alusiones a la Francia gótica o a la Francia de la Comuna carecen realmente de sentido en ese amplio movimiento, al que tampoco puede entenderse aplicando la cuadrícula de un materialismo estricto, sino entendiéndolo como un nuevo humanismo al que ciertos movimientos de los considerados como espirituales —las religiones, el sentido inmaterial del futuro, la proyección eterna del individuo sobre los contextos históricos— no son en ningún modo ajenos. La utilidad de Francia en estas aproximaciones es probablemente muy relativa puesto que —contando con la personalidad de sus dirigentes actuales y de su estructura social y económica actual— no es capaz de participar realmente en estas fuerzas: es una utilidad de propaganda. La que puede obtener China es mucho más importante. El viaje de Malraux a Pekín es una baza ganada en una lucha política real ante su único adversario serio, los Estados Unidos, porque es una ruptura clara del cerco político y económico que tratan de imponerle; es una incursión directa y abierta en el mundo occidental que hasta ahora le estaba vedado. Le facilita su entendimiento con los gobiernos reaccionarios del Tercer Mundo africano; le da un respaldo diplomático; le permite alegar ante la URSS que una posición de fuerza, de rigor, no supone necesariamente la ruptura del diálogo y el repudio del mundo.